

hallaríamos una piedra igual á esta para hacernos venir en conocimiento de las singulares perfecciones de la madre de Dios: porque este es, hablando con propiedad, el tesoro que nuestra tierra tuvo encerrado tantos siglos, y la piedra preciosa que la naturaleza y la gracia labraron tanto tiempo y con tanto cuidado. Este es el tesoro que el cielo envió á la tierra con tal aparato de promesas y profecías, que resonaron en el universo por espacio de cuatro mil años. Este es un verdadero almacén de riquezas, una colección de grandezas y un conjunto de curiosidades. No nos detengamos en la corteza de la apariencia exterior, aunque huele á no sé qué de grande y sublime, sino entremos mas bien en el interior de esa obra, donde veremos una multitud de piedras preciosas perfectamente ordenadas. Estas serán todos los predestinados que se hallaron con su caudillo en el seno de la Virgen, segun diré mas oportunamente en otros lugares (1). Serán, si se quiere mejor, las singulares y excelentes virtudes de nuestra señora, que como amatistas comunican de buena gana su lustre á la vista sin despedir fuego contra los ojos, es decir, que tienen cierta suavidad propia para atraer y robar los corazones sin ofenderlos con el excesivo brillo. Serán otros tantos preservativos contra las ponzoñosas sugerencias de nuestros enemigos invisibles. Serán las gracias que María nos alcanza á todas horas para impedir que nos dejemos embelesar con los gustos y contentos de esta vida, porque la amatista impide la embriaguez y de ahí se cree que tome su nombre. Serán todos los buenos oficios que hace con aquellos á quienes da participacion de los favores del cielo. En una palabra no quede por mí que sean tambien todos los actos de virtud que practicó, mil veces mas brillantes y preciosos que todas las piedras del mundo.

(1) Trat. 3, c. 4, y en otras partes.

VI. ¡Cuántas veces me siento animado de la misma idea de Ismenias de Tebas, de quien cuenta Plinio que habiendo encontrado en Chipre una esmeralda donde estaba grabada la imágen de Amimone, una de las cincuenta hijas del rey Danao, y viendo que se la daban por seis dineros de oro, los entregó al punto. Asombrado de esto el mercader le devolvió dos haciendo escrupulo de cobrar tanto; pero Ismenias muy contristado le dijo: Lo siento mucho, porque el dinero que me vuelves, disminuirá en gran manera el valor de esta pieza. Esto es lo que yo siento principalmente: que esta piedra preciosa, honor del cielo y de la tierra, que lleva la imágen de la primera princesa del mundo y de la primogénita del rey de los reyes, no sea estimada como merece. ¡De cuántas gracias se priva el mundo por no conocer su excelencia! ¡Qué diluvio de mercedes caería sobre nosotros, si procuráramos estimarla y admirar en ella la bondad y grandeza del artifice que la hizo tan admirable! ¡Mil veces dichoso el que conoce su precio, mas dichoso el que la honra á la par que la estima, y dichosísimo el que la posee como su tesoro y su único bien despues de Dios!

§. III.—Que María santísima es el verdadero espejo de todas las perfecciones divinas.

I. Asi como las piedras preciosas son los espejos de la naturaleza, asi los espejos son las piedras preciosas del arte. Es tan ponderada la invencion de ellos, que algunos doctores hebreos enseñaron que la ocupacion de Dios antes de producir este mundo visible era hacer espejos. Yo no sé si al decir esto soñaron como es su costumbre, ó si en esas pocas palabras encerraron algun misterio profundo. ¿Querrian decir que Dios abeterno producía su Verbo, que es el espejo de los espejos, es decir, el espejo de sus infinitas perfecciones y de todas las

criaturas? ¿Pensarian en el designio que Dios formaba desde entonces de salir fuera de sí por sus obras; lo cual no es otra cosa que hacer espejos de su bondad, de su sabiduría, de su poder y de todos sus divinos atributos? Si eso fuera, tendría yo justísimo motivo de decir que Dios entre tantos espejos preparaba dos que debían de ser inimitables en hermosura, grandeza y tersura. El primero es el Verbo encarnado, á quien S. Lorenzo Justiniano llama el espejo de perfeccion (1), y antes de él Salomon llamaba el espejo sin mancilla de la majestad de Dios y la imágen de su bondad (2). El segundo es la virgen María, la cual habló un día á santa Brigida en estos términos: «Sabe, hija mía, que mi cuerpo y mi alma son mas puros que el sol y mas tersos y limpios que ningun espejo. El que fija los ojos en mí, ve á las tres personas de la santísima Trinidad, las cuales descansaron en mí de un modo inefable y me llenaron de tal suerte, que todas sus excelencias se encuentran en mí como en compendio. Además es tan grande la pureza con que me ha favorecido Dios, que recibiendo los rayos de las perfecciones divinas las represento tan naturalmente como es posible á una simple criatura.»

II. Este es sin duda el bello pensamiento que S. Andrés de Jerusalem tenia en la mente cuando llamaba á la Virgen la primera naturaleza criada y la que se acerca mas que todas las otras al artífice de todas las cosas (3). Creo que S. Buenaventura pensaba lo mismo cuando decia que María habia subido tan alto cerca de Dios sobre la cumbre de toda suerte de bienes, que dejando aparte la union personal, era imposible hallar una

(1) In fasciculo amoris in
coena Domini, cap. II.

(2) Sap. II.

(3) Serm. de Assumpt.

criatura mas perfecta ó mas capaz de participar de los bienes del Criador (1). S. Agustin se remonta tanto, que se pierde de vista. Consideremos las palabras que dirige á la virgen María. «Si te llamo, dice, la forma de Dios; no asiento nada que sobrepuje tu mérito (2).» Pero ¿quién nos descubrirá el misterio oculto bajo estas palabras y lo que significa el título de forma de Dios? ¿Querrá por ventura dar á entender que María fué como una segunda idea, en la cual fijó Dios los ojos cuando quiso estampar en las almas los hermosos rasgos de las excelentes virtudes? ¿O tendrá mas bien la intencion de decir que así como se ve en el espejo la imágen del objeto que se le pone delante, y así como la blanda cera recibe la forma y figura del sello estampado en ella, de la misma manera la Virgen fué marcada con el sello de las perfecciones divinas y las representó en sí de una manera excelentísima? Así pues como vemos en el bronce y en la cera la misma figura, aunque aquella esté grabada con solidez y esta en un cuerpo tan débil y blando, aunque aquella sea el original y esta la copia, y aunque aquella no esté expuesta á romperse ó borrarse como esta; de la misma manera notamos en el alma de la Virgen alguna cosa que tira á las perfecciones esenciales de Dios, aunque estas no puedan separarse de la esencia donde se encuentran, como acontece en todas las criaturas, y aunque la Virgen posea solamente por el derecho de una participacion voluntaria de Dios lo que conviene á su majestad por esencia y prescindiendo de toda voluntad. Yo tendria algun temor de remontarme demasiado y perderme en este discurso, si el devoto abad Ruperto no me advirtiese que todo cuanto digamos de la madre, redundará en honra y gloria de su hijo (3). Este

(1) Serm. 2 de Virg. Maria.

(2) Serm. de Assumpt., t. 40.

(3) Lib. 6, in Cant.

pensamiento tranquiliza mi espíritu y le da aliento para entrar en las semejanzas de las excelencias de la madre incomparable con los divinos atributos; porque así como no es mi intención igualar en nada la criatura con el Creador; así me siento grandemente inclinado á hacer ver que ninguna simple criatura se acercó jamás tanto como ella á las primeras ideas de todas las perfecciones imaginables.

La infinidad.

III. Empezaré por la infinidad, la cual es como la diferencia de la esencia soberana, porque según San Dionisio (1) Dios no es lo que es como cualquiera, sino que es un ente simplicísimo y sin ninguna limitación; comprende en sí el ser en toda su extensión y le posee cuanto puede ser poseído. De aquí procede, dice san Anselmo (2), que todas las perfecciones que se hallan en él, están de una manera infinita. El es la esencia soberana, la vida soberana, la soberana razón, la soberana salvación, la soberana justicia, la soberana sabiduría, la soberana verdad, la soberana grandeza, la soberana hermosura, la soberana felicidad, el soberano poder, la unidad soberana. De ahí proviene también que contiene eminentemente todas las cosas en términos de las escuelas, y que es el principio, la unión y el fin de todas, como dice el ya citado S. Dionisio (3). De ahí procede por último que no puede ser comprendido más que por él mismo, y así nunca le concebimos nosotros mejor que cuando nos le figuramos incomprendible, como dice san Cipriano (4). No trato de sentar que la Virgen santísima tenga en sí y en su propia naturaleza una especie de infinidad, y mucho menos que tenga alguna que no depen-

(1) De divin. nom., cap. 5.

(2) Monologii, cap. 45.

(3) De divin. nom., cap. 4.

(4) Lib. Quod idola non sunt dii.

da de nadie, porque eso corresponde á Dios solo; pero si me atreví á decir con los santos padres y teólogos que en calidad de madre de Dios incluye un término de infinita perfección. Esto movió á decir al angélico doctor (1) que de tres cosas que Dios no puede en cierto modo hacer más grandes de lo que son, la una es la madre de su hijo. Así aunque no podamos llamarla la esencia soberana, la soberana sabiduría, la soberana bondad, el soberano poder, decimos resueltamente que es la madre de la esencia soberana, de la soberana sabiduría, de la soberana bondad y del soberano poder. Pasando más adelante sostenemos en consecuencia de lo dicho arriba que tiene en sí más perfecciones que las restantes criaturas y que todo lo que les conviene á estas de bueno, se halla mucho más excelentemente en ella. De ahí es que insignes santos afirman sin dificultad que sus grandezas son incomprendibles á todos los espíritus limitados. Ya quedan acotadas en otro lugar las palabras de S. Bernardino de Sena, S. Bernardo, S. Anselmo, S. Andrés de Jerusalén y S. Agustín (2).

La inmensidad y el dominio.

IV. La segunda es la inmensidad, la cual es representada por S. Gregorio papa en términos muy excelentes. El está dentro y fuera, dice (3), encima y debajo de todas las cosas, encima por potencia, debajo por sosten, dentro por sutilidad, fuera por grandeza. Encima las gobierna; debajo las sostiene: dentro las penetra; fuera las encierra; y no por eso ha de juzgarse que tenga una parte de sí dentro y la otra fuera, una encima y otra debajo, sino que por una misma

(1) P. 4, q. 23, art. 6, ad. 4.

(2) Trat. 2, c. 4, §. 4 y 2.

(3) Libro 2 Mor., c. 12.

esencia indivisible las encierra á todas estando dentro de cada una y encerrándolas se halla en todas: las gobierna sosteniéndolas y gobernándolas las sostiene. De esta inmensidad, que es como la causa por la cual está en todo lugar por esencia, presencia y potencia, nace el alto dominio que tiene sobre todas las cosas, de las que dispone con entera libertad y poderío absoluto. Con cuyo motivo oyó S. Juan gritar en alta voz á todas las criaturas que estan en el cielo, viven en la tierra ó debajo de nosotros y en las aguas: Al que está sentado sobre el trono y al cordero bendicion, honor, gloria y poder por los siglos de los siglos (1). No es mi ánimo detenerme aquí mucho por lo que toca á la Virgen santísima: en otro lugar (2) haré ver con el testimonio de los santos que el dominio de Maria se extiende tanto como el imperio del Salvador, y que en calidad de reina madre y reina reinante es absoluta debajo de su hijo y esposo en toda la extension de sus estados.

La omnipotencia.

V. De las dos anteriores procede la omnipotencia, que hace admirable á nuestro Dios sobre todo cuanto puede imaginarse. Ella se manifiesta tanto en el modo como en el término de sus actos, porque así como con sola la voluntad hace todo lo que quiere, de la misma manera produce de la nada todo lo que le parece, porque siendo la nada infinita en su manera, todas las criaturas pueden ser sacadas igualmente de ella. Esta potencia es igual á la esencia divina, capaz de ser participada é imitada de infinitas maneras: no es menor que la sabiduría, porque todo lo que esta puede inventar,

(1) Apocal. V.

(2) Trat. 2, c. 12.

puede efectuarlo aquella. ¡Cómo! Dirá alguno, ¿pensais de veras en llamar omnipotente á la madre de Dios? ¿Por qué no cuando lo han hecho antes que yo ilustres doctores y me convidan á hacerlo? Con efecto el patriarca Eutiquiano en el libro que compuso de la penitencia de Teófilo, S. Juan Damasceno (1), Cosme de Jerusalem, obispo de Majuma en la Palestina y maestro del mismo santo (2), y algunos otros cuando hablan del auxilio que nos da Maria en nuestras necesidades, la llaman omnipotente sin ninguna dificultad, y S. Anselmo ¿no dice en términos formales que el Omnipotente la ensalzó hasta el punto de querer que todas las cosas fuesen posibles á esta señora como á él mismo? (3) Bien sé que esto debe de entenderse de la manera que enseñan S. Cirilo (4) é Ibon, obispo de Chartres (5); á saber, que ella poseyó solamente por gracia lo que conviene á Dios por naturaleza; no obstante no puede negarse este privilegio que es muy excelente porque se le comunicó exclusivamente á ella, segun diré en el tratado segundo.

La santidad.

VI. Bien podria yo decir con verdad que de todas las semejanzas que la sacratísima Virgen tiene con Dios, la mas admisible es la de la santidad. Este atributo es propio de la esencia soberana en cuanto es la fuente, el origen y el objeto de ella, y no hay santidad que no se refiera á él en cuanto él es su idea, su modelo y el principio que la produce y conserva en

(1) Carm. in. Annuntiat.
(2) Hymno 6 iisdem planè
verbis.

(3) De excellentia Virg., c. 12.
(4) Lib. 8 Thesauri, cap. 12.
(5) Serm. de nativit. Domini.

nuestras almas, en una palabra en cuanto no hay grado alguno de santidad que no se encuentre en él de un modo infinito. De suerte que con razon cantan dia y noche los serafines de Isaias: Santo, santo, santo, señor Dios de los ejércitos. Tratando S. Dionisio de la santidad que enseña (1) que no es otra cosa que una pureza perfectísima exenta de todo pecado y limpia de toda mancha; perfeccion que conviene á la virgen Maria única y privativamente de Dios abajo. Esta es la doctrina de S. Agustin, como se manifiesta por las siguientes palabras (2). Exceptuó siempre á la sacratísima virgen Maria, la cual nunca debe traerse á cuento cuando se trata del pecado, porque sabemos que recibió la gracia con tanta abundancia, que mereció ser madre de aquel de quien está bien distante el pecado. Pero exceptuada ella sola si tuviéramos medio de ver á todos los santos en el estado que tenían en otro tiempo, y preguntarles si estan exentos de pecado, ¿cuál de ellos responderia lo que dijo Pelagio ó lo que hemos aprendido de S. Juan? Hablo de aquellos que son mas relevantes en méritos, y sostengo que si se les hiciera esa pregunta, dirian de comun consentimiento: si alguno entre nosotros cree estar sin pecado, se engaña y no hay verdad en él. Los grandes santos no se contentan con tan poco, sino que hablan de la Virgen con tal énfasis que sin dificultad la hacen mas pura y limpia que los querubines y serafines. Asi lo enseñan san Epifanio (3), Ricardo de S. Víctor (4) y otros. San Gregorio lo dice excelentemente (5) cuando la compara á un monte sentado sobre la cumbre de todos los

(1) De divin. nom., cap. 2.

(2) De natura et gratia, cap. 36.

(3) De laudib. Mariæ.

(4) Cap. 39 in Cant.

(5) Lib. 4. Reg., c. 1.

demás, y asegura que elevó la cima de sus singulares méritos sobre todos los espíritus criados hasta el trono de la divinidad. El abad Ruperto la reconoce por la incomparable, diciendo que desde la creacion del mundo no ha tenido igual, ni la tendrá jamás, ya se examinen los impulsos interiores de su corazón, ya se atiendan á sus obras y á los frutos de dulzura y honestidad que produjo; de manera que debemos de considerarla como un hermoso árbol del paraíso trasplantado á nuestro valle de lágrimas.

La bondad.

VII. La bondad de Dios sigue próximamente á su santidad. Esta bondad no es menos infinita en él que sus demás perfecciones, y le obliga á buscar los medios de comunicarse á sus criaturas. Entre todas las cosas materiales de este mundo visible no encontró san Gregorio Nacianceno ninguna que representase mejor la bondad divina que el sol, el cual derrama sus rayos por todas partes, sin dejar de visitar ningun rincón de la tierra. Por ahora no creo necesario seguir este paralelo, porque en el tratado tercero representaré las grandezas incomprendibles de bondad de la madre de Dios, que nos la hacen mas amable que todas las criaturas juntas.

La virginidad fecunda.

VIII. Por último dejando los demás divinos atributos á la consideracion del devoto lector (porque solo pretendo ofrecer aquí una muestrecita), el mismo S. Gregorio Nacianceno me abre el camino de una semejanza muy excelente cuando dice en el poema sobre el elogio de la virginidad, que la primera virgen del mundo es la Trinidad beatísima. Pero lo mas admirable es que esa misma Trinidad es virgen y fecunda á un tiem-

po mismo, engendrando el Padre eterno al Hijo y produciendo el Padre y el Hijo al Espíritu Santo. Este es el adorable misterio que todas las criaturas veneran: los ángeles especialmente le honran en profundo silencio, y los querubines le contemplan cubriéndose el rostro con las alas y poseídos de un santo temblor. Este es el misterio imitado de tal suerte en la immaculada madre de Dios, que la representación se detuvo en ella sin atreverse á pasar adelante. Lactancio discurre muy sutilmente acerca de esto tomando pié de una expresión de Trismegisto, que llama á Dios sin padre y sin madre. Esta calidad, dice el orador cristiano (1), conviene propiamente al Padre eterno, que es el primer principio de la santísima Trinidad; no obstante quiso él comunicar á su hijo único esta perfección suya, y por eso como estaba ya sin madre en la generación eterna, deseó que fuese sin padre en la temporal. Bien podía decir el profeta que Dios haría una cosa inaudita sobre la tierra, porque después de la unión personal de Dios con el hombre no hay una maravilla igual á la de una virgen madre. Si yo tuviera gana, decía el devoto S. Bernardo (2), de alabar la virginidad de esta señora; sé muy bien que no es ella sola la que posee este honor, y que hay muchas vírgenes en su comitiva y en las del cordero su hijo. Si quiero publicar su humildad, encuentro algunos otros que se aprovecharon de los santos documentos del Salvador y á su ejemplo se hicieron mansos y humildes de corazón. Si se trata de su caridad, también hay personas misericordiosas tanto entre los hombres como entre las mujeres. Pero después de todas estas calidades tiene una que la hace enteramente singular, y es el grato título

(1) Lactant., l. 4, Divin. inst., (2) Serm. 4 de Assumpt.

de madre unido al honor de la virginidad. Esta es (hablando con propiedad) la excelente elección que hizo, porque aunque la fecundidad conyugal sea buena y aun mejor la pureza virginal, sin embargo las dos reunidas sobrepujan infinito á la una y á la otra. «Esta concordia, dice Teodoro, obispo de Angori en la Galacia (1), es la noble empresa de la gracia, porque la naturaleza no lo hubiera conseguido jamás.» «Aquí no hay nada de humano, dice S. Pedro Crisólogo (2); todo es divino, y por eso elevad vuestros pensamientos y concebid el seno de la Virgen como un templo consagrado por el Espíritu Santo, donde es adorado Dios en persona.» «Este es un misterio inefable, dice S. Cenon, obispo de Verona (3).» «Es un rasgo de la omnipotencia de Dios, dice Sofronio, patriarca de Jerusalen.» «Es un prodigio que merece considerarse despacio, dice S. Gregorio Niseno: así admiremos un hecho tan singular como es una zarza que arde sin consumirse.» El que quiera entretenerse con tales semejanzas, encontrará otras muchas que no le darán menos gusto que estas y servirán para completar la excelente idea de la Virgen santísima. Por mi parte prefiero dejar en el ánimo del lector el deseo de indagar mas antes que molestarle con lo que pudiera añadir.

§. IV.—Que María es la luna de la iglesia (4).

I. No alumbran mas luminaires á este mundo visible que lumbreras á la iglesia. Sus estrellas son los santos,

(1) Orat. de nativit.
 (2) Serm. 59.
 (3) Serm. de Circumc.
 (4) Adición de la madre María Jacoba de Blemur.—«Los santos brillarán como estrellas en toda la duración de los siglos. Estarán vestidos de claridad y serán unas criaturas transformadas en Dios; sin embargo se di-